

LOS QUE MUEREN

SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

AYER era Regoyos. Hoy, nuevamente, el Arte pierde uno de sus hijos más preclaros: Martínez Cubells, ilustre pintor valenciano.

La venerable figura del artista que acaba de morir estaba aureolada por los resplandores del sol que alumbra a los que sólo han llegado muy alto. Y este maestro de la pintura estaba en la cumbre: para llegar a ella tuvo que recorrer una senda que guarda, como reliquias, las huellas de su paso: ved sus más gloriosos lienzos: «La educación del príncipe D. Juan», «Los cuatro evangelistas», «La vuelta del torneo», «Impresión de las llagas de San Francisco» y «D.^a Inés de Castro», la obra más notable de la Exposición de Berlín, el año 1891.

Al contemplarlos quedaréis como envueltos en místico arrobamiento..... La paleta de este excelso artista es misteriosa: tiene todos los colores y todos los sentimientos. A veces su pincelada parece una mueca de dolor o una sonriosa..... Un canto épico con ruido de lanzas que chocan, o el rumor lejano de una canción de cuna..... Brioso, firme, duro como la tragedia..... Manso, acariciador, amable como el idilio..... Tiene la suprema agonía de las campanas que lloran tocando a muerto y la honda alegría de los bronces que entonan el *aleluya*..... Es que el pincel de Martínez Cubells era único: encerraba como dos personalidades y era tal la posesión del maestro, que siendo la misma la mano que lo maneja, ríe ahora con rumores de panderetas y castañuelas para llorar luego con amarguras desgarradoras.....

Martínez Cubells ha prestado además merítísimos servicios restau-

rando algunas obras maestras sobre las cuales el tiempo iba dejando surcos imborrables. Uno de sus más importantes trabajos en este sentido, fué el que hizo del lienzo «San Antonio», de Murillo, primorosa tela existente en la catedral de Sevilla.

Oyó el sabroso comentario que enaltece, gustó las mieles del elogio y su opinión era demandada con interés en cuantos torneos de importancia para el arte pictórico se celebrasen. España le había recompensado dos veces con el máximo galardón; y del extranjero, de todas partes habíale, con medallas y condecoraciones, otorgado el aplauso sincero, rindiéndose ante los aciertos de su arte.

Pero quizá su labor más meritoria fué la que hizo, silencioso y devoto, en el Museo del Prado: allí su autoridad y prestigio acabaron de consagrarse: su trabajo penoso iba desarrollándose chito, pacienzudo, como el de una infatigable abeja que laborase, oculta, el panal exquisito

Se ha hundido en el sepulcro seguro de todos los quereres. La corona de laurel que los amantes del Arte han tejido, triste ofrenda al maestro muerto, es una simple imitación de tantas como en la vida tejieron para satisfacción suya, cuantos vieron en Martínez Cubells un hijo favorito y mimado de Apeles

ÍNIGO DE ANDÍA

San Sebastián y Enero de 1914.

